

## ARQUEOLOGIA Y ANTROPOLOGIA\*

La humanidad no tuvo "edad de piedra", nació civilizada. De esta consideración surge lo que pudiéramos llamar la paradoja de la arqueología como ciencia independiente. Ciencia que trata de rebasar los aspectos puramente formales y descriptivos de lo que su actividad se ha visto forzada a ser, para colocarse en el punto de vista de la interpretación de los materiales con los que trabaja. De ahí su actual y constante preocupación por vincularse cada vez más a la antropología, que, mirada desde el ámbito estrictamente arqueológico, se le aparece como la actividad en donde dicha interpretación, al trabajar con "poblaciones vivas", resulta posible. La comparación entre ambas disciplinas es pertinente en la medida en que podrían considerarse complementarias en un común esfuerzo de hacer inteligible lo humano. El desarrollo histórico de ambas justifica el vínculo que las une, vínculo que se fue debilitando quizás más debido al espíritu de especialización que invadió el saber sobre el hombre, que a una necesidad surgida del interior de la común preocupación que las animaba. Si a esto se une esa rígida división del trabajo en el seno de las universidades, podrá entenderse la distancia que ha llegado a separarlas y lo que podríamos calificar de nostalgia por una colaboración más estrecha entre ambas.

Puede decirse que arqueología y antropología en un primer momento fueron historia y no meras disciplinas auxiliares de la misma, como durante mucho tiempo se vino sosteniendo: historia natural de la especie *homo sapiens*, por un lado, historia cultural de los orígenes de la civilización, por otro.

En una fecha tan temprana, como 1723, Jussieu dirigió una memoria a la Academia Francesa sobre el *Origen y usos de las piedras celestes*, en la que se mostraba que viajeros venidos de diferentes partes del mundo habían traído a Francia armas e implementos de piedra similares a las hasta entonces llamadas en Europa "piedras celestes". Dicha memoria constituyó un paso decisivo en orden a una crítica de la denominada "cronología sagrada" fijada por los comentaristas bíblicos en relación al origen del hombre y a las vicisitudes de su desarrollo. En 1724 el padre jesuita Lafiteau sostuvo la posible similitud entre las costumbres de aborígenes existentes en otros países y las de los primitivos pobladores de Europa. Ambos trabajos

---

\* Este artículo apareció originalmente en la *Revista de Occidente*, Madrid, Nº 81, febrero de 1988.

señalan una especie de umbral a partir del cual arqueología y antropología comenzaron a estar estrechamente ligadas en el espíritu y actividad de los hombres en su común búsqueda y caracterización de los comienzos y evolución de la humanidad. En un primer momento la preocupación se centró, como ya se ha dicho, en una ampliación de la cronología relativa a la aparición del hombre sobre la tierra distinta a la deducida de los textos bíblicos, al lado de una puesta en cuestión de las lagunas de la "creación" y de la "caída", que sin embargo dejaba intacto el supuesto subyacente a la narración bíblica: la unidad básica del género humano.

Quizás la aportación considerada como definitiva en este ámbito sea la del investigador francés Jacques Boucher de Perthes. En su obra *De l'industrie primitive*, aparecida en 1846, sostuvo que los implementos líticos encontrados por él se remontaban hasta el Pleistoceno, y que no constituían un hecho aislado, sino que habían sido trabajados de acuerdo con una tradición social.

Coincidente con esta preocupación por los orígenes de nuestra especie, la conciencia histórica occidental desarrolló una más específica atención a los suyos propios, dando lugar a una serie de investigaciones en los ámbitos geográficos que constituyen el marco de su tradición cultural: el griego y el bíblico. La pasión por las antigüedades ha sido constante desde el renacimiento hasta nuestros días. La llegada de estudiosos a Europa, después de la toma de Constantinopla por los turcos, introdujo el primer conocimiento que se tuvo de la antigua Grecia. Los humanistas no sólo eran apasionados de los textos sino de las ruinas: una gran fiebre excavadora se extendió por Italia durante el siglo XVI. En un sentido estricto, ellos fueron los primeros arqueólogos, y su actividad fue en aumento durante los siglos XVII y XVIII, hasta adquirir los rasgos de una profesión perfectamente establecida y delimitada a partir del siglo XIX. El desarrollo de la arqueología fue guiado por las aportaciones documentales existentes, completando la investigación histórica o corrigiendo la que en base a las fuentes disponibles se había dado. Y tanto en el caso de una reconstrucción conjetural de los orígenes y evolución de la especie. *Homo sapiens*, como en el más específico de las raíces históricas de la cultura europea, se utilizaron ejemplos vivientes de pueblos que de alguna manera se suponían en estadios de civilización más o menos semejantes a los que los restos encontrados parecían señalar.

No obstante este origen común, arqueología y antropología se constituyeron como "ciencias" separadas, consolidándose como tales durante la segunda mitad del siglo XIX. La arqueología lo hizo sobre todo a partir del investigador danés Christian Thomsen, con su intento de clasificar las antigüedades danesas según tres estadios hipotéticos de *desarrollo tecnológico*. La antropología, por su parte, siguiendo el precedente de los etnógrafos del siglo XVIII, que trataron de establecer un orden jerárquico modelado conforme al *systema-naturae* en la masa creciente de instituciones, creencias y ritos de las poblaciones de las que tenían noticia, introdujo la idea de proceso o evolución. Así, hombres como Bachofen, McLennan, Nil-

son, Tylor o Morgan, organizaron los datos etnográficos conforme a secuencias temporales que explicaban las diferentes instituciones de los pueblos conocidos como resultado de un proceso lógico de lo simple a lo complejo.

Independientemente de su especialización, ambas disciplinas partieron en sus análisis de supuestos comunes: la idea de una "naturaleza humana", y el carácter histórico de su evolución o desarrollo. Y ambas constituyeron sus investigaciones en torno al concepto moral de progreso o, en otros términos, concibieron esa naturaleza humana como algo perfectible a lo largo del tiempo. Que los arqueólogos buscasen una crónica del progreso universal humano en términos del desarrollo de la cultura material, y que los antropólogos encontrasen la ilustración de dicha crónica en las poblaciones contemporáneas de las que tenían noticia, muestra hasta qué punto sus preocupaciones eran interdependientes en cuanto a métodos y objetivos. Ambas ciencias encarnaron lo que de manera crítica se denominó más tarde "historia conjetural".

Podría suponerse que esa relación común que desde los comienzos vinculó a los dos ámbitos había ido desapareciendo. Sin embargo nos encontramos con que ambas disciplinas han seguido paralela evolución en sus conceptos y métodos. Lo que para la arqueología representó la arqueología cultural, lo supuso para la antropología la orientación funcionalista de la misma.

Si Gustav Kossinna y V. Gordon Childe reaccionaron contra el historicismo de sus predecesores, sosteniendo que sólo eran posibles semejanzas estrechas en la cultura material si el pueblo del que eran expresión compartía una forma de vida en común, concluyendo que el concepto de "fase" no era pertinente y sustituyéndolo por el de "unidad cultural", también B. Malinowski y sobre todo Radcliffe-Brown, en el ámbito de los estudios antropológicos, reaccionaron en el mismo sentido contra el evolucionismo cultural proponiendo el estudio de las sociedades como entidades independientes y separadas, como "todos" homogéneos. Y así como en la primera etapa independiente de ambas ciencias, la arqueología buscó en sus reconstrucciones históricas la ayuda de la antropología, también en la segunda, caracterizada como funcionalista, solicitó la colaboración de los antropólogos en orden a reproducir, a partir de los hallazgos encontrados, el patrón cultural total de un pueblo, llegando a caracterizarse la arqueología, en frase de Braidwood, como "la antropología global de culturas desaparecidas". Siendo la trasposición analógica de un campo del conocimiento al otro lo que hizo y sigue haciendo posible tan estrecha asociación, es importante tener en cuenta, dice Robert W. Ehrlich en su artículo "Nuevas reflexiones sobre interpretación en arqueología", que las inferencias obtenidas del material arqueológico se basan directamente en *analogías* de datos etnológicos conocidos, o son el producto de progresiones lógicas que empiezan con tales analogías. Resulta altamente significativo que un eminente arqueólogo como Bruce G. Trigger haya acuñado la expresión "arqueología de asentamientos" para el estudio de las relaciones sociales utilizando datos arqueológicos y distinguiendo tal ar-

queología de la denominada por él "arqueología cultural" común en que no pretende, según sus propias palabras, considerar los diferentes aspectos de las relaciones sociales simplemente como unos rasgos más a enumerar dentro del complejo de rasgos de las culturas arqueológicas, sino, por el contrario, como sistemas funcionales de relaciones económicas, políticas y afectivas.

En definitiva, no parece en absoluto descabellado afirmar, como lo han hecho G. R. Willey y Ph. Phillips en su obra *Method and Theory in Archaeology* refiriéndose a la arqueología americana, "que la arqueología o es antropología o no es nada". Ahora bien, estando de acuerdo con la sagacidad de dicha afirmación, convendría ver con detenimiento el estado actual de la cuestión en orden a dilucidar lo que parece ser el aspecto importante de la misma: el problema de la interpretación y su ámbito posible. Permítasenos citar un texto que a pesar de estar encuadrado en la corriente historicista propia del siglo XIX puede ayudarnos a entender lo que se ha llamado "problema de la interpretación". Pertenece a Lewis Henry Morgan y está sacado de su obra *Ancient Society*. "*La experiencia del género humano* —dice allí— *ha transcurrido en condiciones casi uniformes*; en condiciones semejantes, las necesidades humanas han sido sustancialmente las mismas; *las mismas operaciones del principio mental han sido uniformes por serlo el cerebro de todas las razas del género humano*. Tenemos perpetuado, por reproducción, el mismo cerebro que funcionó en los cráneos de bárbaros y salvajes en edades pretéritas... Todas las principales instituciones del género humano han ido evolucionando a partir de unos pocos gérmenes de pensamientos concebidos en edades primitivas... la evolución de esos gérmenes fue guiada por una ley natural que constituía un atributo esencial del mismo cerebro; sus resultados son uniformes, coherentes y se pueden rastrear en todas sus direcciones". Esta reflexión aparecida en 1871 ilustra con claridad sorprendente el hecho de que la interpretación, tanto en arqueología como en antropología, se haya centrado en torno al concepto de ley. Interpretar ha significado para ambas ciencias el intento de establecer, a través del método comparativo, una normatividad que se acercara, en la medida de lo posible, a la condición de lo "necesario". Y si el texto de Morgan se ha citado aquí, es por la simple y llana razón de que no sólo es válido para las escuelas historicistas del siglo XIX, cuyo empeño, como ya se ha dicho, era el de establecer leyes generales de desarrollo válidas para toda la humanidad, dentro del ámbito de lo que pudiéramos llamar formalismo histórico, sino porque dicho texto ilumina con idéntica claridad el formalismo actual en el que ambas disciplinas se encuentran comprometidas y del que esperan de uno u otro modo beneficiarse. Formalismo este último surgido en el ámbito de la antropología, que por oposición al del siglo XIX puede ser calificado, tomando prestado el término a la lingüística, de *sincrónico*. Conocer, ahora, no es hacerse preguntas acerca del origen de las sociedades o tratar de averiguar por qué los pueblos han llegado a ser lo que son. Al concebir los diferentes grupos humanos como "todos" homogéneos, conocer implica saber "cómo" funcionan, tratar de establecer, dentro de lo que pudiéramos llamar fronteras simbólicas de cada sociedad, las diferentes partes o niveles que la constituyen, y observar cómo su interdependencia, en un sistema comple-

jo de relaciones consideradas necesarias, mantiene en armonía el conjunto. La tarea fundamental es la de establecer una taxonomía sistemática de las sociedades cuya finalidad sería la elaboración de leyes generales sobre la naturaleza de la sociedad de forma que permitan predicción. Taxonomía que sólo será posible a través del método comparativo que apunta a la ordenación de las semejanzas, mediante una cuidadosa observación "sobre el terreno" del mayor número de sociedades posible. De lo que se trata, en última instancia, y de ahí la importancia del texto de Morgan, es de alcanzar la "racionalidad" subyacente a las normas, aparentemente diferentes, que rigen como "representaciones colectivas" las distintas sociedades, con el fin de entender la verdadera naturaleza de las fuerzas sociales que sirven para mantener su existencia y perpetuar eso que llamamos sociedad. Esta racionalidad en el caso de la antropología, sobre todo a partir de Radcliffe-Brown, no tiene que ver con lo que nuestra civilización ha denominado ley natural, sino más bien con lo que podría calificarse de ley moral o ritual.

La arqueología, alentada por este enfoque, ha ensayado en su ámbito específico similar modo de concepción, acercamiento e interpretación del pasado con notable éxito, desde el punto de vista, que hemos considerado aquí, del formalismo sincrónico. A partir del supuesto de que la denominada cultura material es la única evidencia con la que normalmente trabajan los arqueólogos, ha alcanzado un notable nivel descriptivo, elaborando no sólo una mera tipología clasificatoria de rasgos diferenciadores basados en la tecnología, sino denunciando una preocupación adicional por las "estructuras internas" como "punto de partida estratégico para la *interpretación funcional* de "culturas arqueológicas", que reflejan el medio natural, el nivel tecnológico en el que los constructores operaron, y varias instituciones de la interacción social y del control que conservó la cultura". Ahora bien, en esta pretensión surge una dificultad importante, que ha sido vista con claridad por Miguel N. Brézillon en su obra *La dénomination des objets de pierre taillée*. En dicha obra se lee: "Todo el trabajo de los prehistoriadores parece pasar de una tipología morfológica (o formalismo puro) a otra que no lo sea. El progreso central se realizó cuando tomaron conciencia de que *el* o *los* rasgos pertinentes más propios para describir científicamente una herramienta son los que se refieren a su función. Descubrimiento tanto más dramático cuanto que, de todos los rasgos característicos de un utensilio prehistórico —materia, forma o estructura, distribución, series evolutivas—, el único rasgo inaccesible es precisamente ése. Nunca se puede observar directamente el funcionamiento de un objeto prehistórico y, sin embargo, es la única cosa que interesa conocer, pues la herramienta o el objeto no son importantes más que como "testigos indirectos" de una técnica y una cultura". Si esto es así, y parece razonable aceptar que no puede ser de otro modo, la única salida lógica para el arqueólogo cuando el continuum histórico de referencia con las poblaciones actuales se ha roto, es la de buscar apoyo para la interpretación en los datos etnográficos. La analogía viene a ser, como ya se dijo antes, el artilugio para dicha interpretación, que, siguiendo la pauta adaptada en antropología, significa sencillamente, en frase de Lewis R. Binford (en su artículo "Arqueología como antropología"), "la *demonstración* de una constante articulación de variables dentro de un sistema, y la medida de ines-

tabilidad concomitante entre esas variables dentro del sistema. El cambio procesual en una variable puede ser demostrado de manera predictiva y cuantitativa de acuerdo con los cambios experimentados en otras variables, *pensando en la estructura del sistema como un todo* ”.

La problemática, pues, se plantea en términos de hallar regularidades que conduzcan al análisis y establecimiento de leyes válidas. Es como si en el campo de la interpretación la única alternativa fuera dada por el método acuñado en las ciencias naturales y exactas con esa exigencia de univocidad propia del pensamiento lógico. Se comprenderá fácilmente a partir de aquí, una vez más, el citado texto de Morgan, y la razón de la aventura común de ambas ciencias, a partir, precisamente, de su constitución como disciplinas independientes.

Ahora bien, si al principio se dijo que la paradoja de la arqueología la constituya el hecho de que la humanidad nació ya "civilizada", bien se puede decir ahora que la paradoja de la antropología como ciencia es que los hombres poseen lenguaje. Sorprendentemente ambas paradojas coinciden y permiten introducir lo que podríamos llamar consideración crítica de la interpretación tal y como se ha expuesto hasta el momento.

El punto fundamental de reflexión para la arqueología, así como para la antropología según las entendemos, es que las "configuraciones materiales" en ambos casos no reflejan únicamente un orden inmutable, tal y como la ciencia pretende, sino que están revelando lo que podemos considerar un orden *imaginario*. La preocupación por el *cómo* funcionan y ensamblan los diferentes niveles que analíticamente distinguimos en un orden dado no es el final de toda interpretación posible, sino que ésta se abre más allá de las fronteras reductoras establecidas por la categoría de ley. Ese más allá es el terreno ambiguo del sentido que todo orden cultural comporta como concepción del mundo que, una vez dibujada, ilumina ese ámbito considerado por la ciencia como el *no man's land* de la interpretación.

Para la antropología colocarse en el punto de vista del sentido ha resultado difícil, dados los hábitos del formalismo imperante, aunque no imposible, pues al trabajar con poblaciones vivas puede atender a lo que la palabra dice sobre el mundo que la rodea y sobre sí misma. Otra parece ser la cuestión para la arqueología. Si el lenguaje está ligado a la aparición del instrumento manual, lo figurativo no puede ser separado de la fuente común a partir de la cual el hombre fabrica y representa. Los materiales con los que el arqueólogo trabaja, encarnando como símbolos materiales el espíritu de un pueblo, sólo pueden ser tratados sin embargo como conjuntos significantes cuyo significado queda reducido a las posibilidades de la mera inferencia. De ahí una cierta dificultad de ser para esta ciencia que trata con testigos mudos, cuando intenta eludir los beneficios que el formalismo científico había arbi-trado para ella. Si tiene la osadía y la suficiente dosis de entusiasmo como para adoptar la pregunta por el sentido, se encontrará que los materiales con los que tra-

baja aluden a la singularidad de un orden cultural determinado y que es difícil controlar su alcance. Informan tanto de las costumbres como de las categorías mentales de una determinada colectividad. "Incluso objetos básicos como los instrumentos, señala V. Binford, a partir del material de que están hechos, de su diseño y decoración, pueden informarnos también acerca de otros aspectos distintos a los de la mera tecnología". Organizados dichos materiales conforme a las más rigurosas reglas de *arte* se constituirán en sistemas de significación, cuyo reto es la tarea propia de la investigación en las disciplinas que venimos considerando.

Se ha dicho de la arqueología, y lo mismo podría suscribirse para la antropología, que es una pasión por la vecindad de las cosas más lejanas. Sea el lugar zoológico del hombre, tratando de establecer una continuidad entre naturaleza y cultura; sea el rastrear los orígenes de nuestra civilización y sus vicisitudes; o sea el caracterizar la singularidad de "otras" culturas respecto a la propia, ambas ciencias han buscado, lejos de lo que resultaba familiar y cotidiano, la razón de ser de su existencia. "La necesidad de hundirse hasta las raíces, afirma Leroi-gurham, es tan poderosa que no es posible que responda a mera curiosidad". Dicha necesidad parece haber estado guiada, en ambos casos, por el deseo de establecer, de la manera más satisfactoria posible, niveles de identidad que proporcionen coherencia y certidumbre a la imagen que hemos ido elaborando de los hombres sobre la tierra.

En ese común esfuerzo, tanto la arqueología como la antropología, un tanto de vuelta de los métodos puramente racionales, se han abierto a la inseguridad de la pregunta por el sentido que la concepción simbólica de la cultura comporta, y que no permite un tratamiento único y restringido, ya que con frecuencia la esencia de los símbolos descansa en la pluralidad de su significación.

Habiéndose convertido en el siglo XIX en saberes al servicio de la historia natural de nuestra especie, hoy se configuran, más bien, como disciplinas humanistas que hacen, de su inevitable incertidumbre, garantía para su progreso.

*Rogelio Rubio Hernández*